

Notas panameñas

J. D. MOSCOTE

El 12 de Octubre

LA fiesta que, dígase lo que se quiera, ya no puede ser llamada de otro modo que de la raza, ha tenido este año en Panamá la misma si no mayor resonancia que en los años anteriores. Todas las clases sociales, todas las instituciones públicas y privadas, y especialmente las escuelas y colegios celebraron con algún acto importante y con señalado júbilo la fecha simbólica y gloriosa. El carácter de estos actos, apreciados por su alcance ideológico, ha constituido una prueba evidente de que entre nosotros como en cualquier otro país de la América hispana se mantiene vívido y cálido el recuerdo de los hechos máximos de nuestra gran familia, y que no nos falta el espíritu de solidaridad que, debidamente estimulado, conducirá a nuestros pueblos a la plena conquista de una bien entendida felicidad futura. Seguramente podría repararse a alguno de los discursos que ahora van a leerse, después de haberles tomado de los diarios de la ciudad, que acaso no se le ha dado la importancia conveniente al hecho capital de que somos hijos de nuestro tiempo y que debemos ser factores conscientes de la nueva historia que se hace. Las inspiraciones de la historia son, indudablemente, saludables, pero para que lo sean es menester que ellas no pretendan mantener nuestro carro atado al poste inmovible del pasado; que nos sirvan, por el contrario, para ayudarnos a desempeñar airoosamente nuestro papel en el gran teatro de la vida que con ser ésta duración y eternidad, no excluye de su esencia el dinamismo y la variedad a través del tiempo, sino que antes bien los presupone como cosa necesaria.

Los discursos a que nos hemos referido y que incluimos aquí por el orden en que fueron pronunciados son, respectivamente, del Sr. D. Nicolás Victoria J., de nosotros y de don Octavio Méndez Pereira. El público debe entender que esta reproducción está inspirada

por las más amplias miras y por el deseo imparcial de llevar adonde quiera que CUASIMODO sea leído, una nota exacta de las ideas que presidieron la celebración del 12 de Octubre en este puente del mundo en que se han dado cita todas las razas que lo pueblan.

Discurso pronunciado por el señor Nicolás Victoria J., en la Velada que celebró la Escuela Normal de Institutoras, el 11 en la noche, en honor de la raza y del descubrimiento de América

Señor Presidente de la República, señor Representante de España en Panamá, señoras y caballeros:

Es costumbre en la Escuela Normal de Institutoras celebrar, especialmente, el 12 de Octubre, fecha verdaderamente clásica para todo americano; y esa celebración despierta tal interés en superiores y alumnas que no sería exagerado afirmar que esta fiesta, que es también de la raza, es, por antonomasia, la fiesta de tan importante plantel.

Por designación de la Escuela tiene la palabra esta noche el señor doctor Moscote, quien, estamos seguros de ello, os deleitará hablando, con la maestría y corrección que acostumbra hacerlo, sobre un tema de singular importancia. Empero, designación tan acertada no nos inhibe de decirnos a guisa de empedernido luchador en el siempre fecundo campo de las ideas, unas cuantas palabras necesarias en los presentes momentos en que ideólogos, no sociólogos, emmendando la naturaleza, quieren hacer de la mujer lo que ella no es, lo que no ha sido nunca, lo que jamás puede ser. Y decimos ideólogos y no sociólogos, porque éstos son los que estudian en todas partes, con habilidad, los delicados fenómenos sociológicos y los problemas morales, a diferencia de aquéllos, que no estudian nada y lo involucran todo, olvidando lo que ven para seguir en pos de las visiones del ensueño.

Cada época, señores, tiene sus palabras, que en el comercio ordinario de las ideas electrizan y subyugan. Convencionalmente se

les da a esas palabras un prestigio fascinador, y los pueblos, como los hombres, cuando hay algo que los fascina no pueden ver con claridad en el piélago inmenso de la sabiduría ni penetrar, con la antorcha de la razón, más allá de la superficie de las cosas.

La palabra «emancipación», en la socorrida frase «emancipación de la mujer», está de moda, y no como quiera sino como peregrina novedad. Si por emancipación de la mujer se entiende educarla, ilustrarla, instruírla, hacerla apta para el ejercicio de funciones diversas, rodearla de prestigio, ponerla al amparo de la miseria, respetarla, colocar en sus manos el cetro de sagrados derechos que emanan del cristianismo, nosotros somos decididos y entusiastas partidarios de la emancipación de la mujer, y no sólo partidarios del feminismo, como ahora se dice, sino apóstoles fervorosos de una idea que, en nuestro sentir, evoca permanentemente altos sentimientos de justicia. Pero si por «emancipación» de la mujer se entiende hacer de ella una cosa distinta de lo que es «naturalmente», o convertirla en higuera estéril de las que Jesús maldijo, somos enemigos de la deslumbradora palabra, porque somos estudiadamente enemigos de los absurdos, y absurdo soberano es emendarle la plana a la naturaleza haciendo de la mujer cosa distinta de la propia mujer, sin que la naturaleza le haya cambiado, ni modificado siquiera, sus naturales funciones y sin que la sociedad le haya relevado del magisterio sublime que ejerce, adornada con la triple diadema de hija, esposa y madre. Es Lucrecio el que dice que todos los seres tienen su carácter peculiar; todos guardan las diferencias que las leyes de la naturaleza establecieron entre ellos.

Que la mujer es apta para desempeñar las más arduas funciones sociales y políticas es afirmación que nadie osará poner en duda. Y si alguien se atreviera a negar hecho tan evidente no habría más que ascender la montaña de la historia y contemplar desde su más alta cúspide tres tipos bien característicos de lo que es capaz la mujer como gobernante: Isabel la Católica, María Teresa de Austria y la Reina Victoria de Inglaterra.

De la primera, que siempre estuvo dentro de la curva feliz de su órbita benéfica, basta citar la definitiva expulsión de los moros, la realización del alto pensamiento de la unidad nacional y el descubrimiento de América, empresas llevadas a feliz término merced a la inteligencia, constancia, generosidad y valor de una mujer. De la segunda no hay más que recordar la reorganización de las averiadas finanzas austríacas a fines del siglo XVII, el desarrollo económico del imperio debido a sus enérgicas iniciativas y la

valiente y tenaz resistencia con que se opuso por tanto tiempo a la rapacidad de los soberanos de Rusia y Prusia, quienes en odio y maquiavélico contubernio acordaron el inicuo reparto de la infeliz Polonia, ese reparto infame que con viril energía estigmatizó Alfieri.

De esa gran injusticia que la Historia ha mareado con caracteres de ignominia la posteridad ha perdonado a María Teresa, que cedió al fin convencida de que el inicuo reparto era el único medio de evitar la efusión de sangre en su patria. En carta que dirigió al Barón de Brotauill, Embajador de Francia, decía: "La historia me perdonará cuando sepa hasta qué punto me he resistido y cuántas circunstancias han tenido que unirse para hacerme alterar mis principios y mi resolución contra las intenciones immoderadas de la injusta ambición rusa y prusiana. Después de pensar mucho en ello, no hallando medio de oponerme sola a los proyectos de estas dos potencias, tuve que ceder."

De la tercera habla por nosotros Hanotaux, el gran académico francés, quien al referirse a la serie de grandes estadistas, envidia de las naciones, que colocaron a Inglaterra, durante el más largo reinado del siglo XIX, a la cabeza de las grandes potencias, se expresa así:

"Durante su reinado, el más largo de la historia de Inglaterra, ve a su alrededor a todos los jefes de partido. Las generaciones se renuevan tres y cuatro veces. Los ministerios rivales se suceden: todos obtienen su leal concurso; y solamente los más perspicaces adivinaron, por imperceptibles señales, un ligero matiz de favor para uno o de frialdad para otros.

No quiere esto decir, sin embargo, que la Reina no interviniera en los asuntos en que aparecían su nombre y autoridad. Seguía atentamente su marcha. Presidía, en persona, el consejo privado. Se daba cuenta de lo que sucedía en las diferentes partes de su vasto imperio; leía los despachos, especialmente los que concernían a asuntos extranjeros, y aún tuvo disgustos a este respecto con Lord Palmerston. De ordinario su voz y sus consejos fueron escuchados. Por sus viajes, por sus conversaciones con jefes de gabinete y hombres de estado extranjeros, por sus relaciones de familia, por la situación extraordinaria que su numerosa descendencia le había dado, pues era pariente y aun abuela de muchos de los soberanos que reinaban en Europa, prestó a sus ministros servicios valiosísimos, pero les cedía a ellos la gloria, haciéndolos más eficaces con la reserva y la discreción. Si Inglaterra economizó muchas revoluciones, lo debió a la sabiduría y a la prudencia de la reina; si hemos asistido, du-

rante 75 años, al milagro de una autoridad soberana que se somete a una autoridad representativa, segura ésta de no encontrar obstáculos; si estos fenómenos constitucionales han sido posibles, se debe únicamente a que la Reina Victoria se prestó a ellos y quiso hacerse «rehén augusto que la libertad tiene prisionero en su palacio».

El nombre de Victoria simbolizó especialmente las victorias pacíficas. El genio inglés se vanagloriaba de ser, en el mundo, propagador de ideas generosas y adalid del progreso. Nada mejor para una mujer y para una reina."

Pero se nos dirá, esas fueron reinas.

Efectivamente reinas fueron, pero fueron ante todo mujeres no emancipadas, pertenecientes cada una a diversa raza, viviendo Isabel la Católica apenas acababa de pasar la Edad Media, esa eterna noche del pensamiento humano, según la opinión de escritores que no han hojeado a Mommsen, el gran historiador alemán. María Teresa supo desplegar sus talentos y energías en favor de sus gobernados cuando en Europa las monarquías absolutas alcanzaban el cenit del poderío y la grandeza. Y la Reina Victoria puso en ejercicio su inteligencia, su moderación y su imparcialidad en el siglo de las luces. Lo que quiere decir, usando nosotros la facultad de generalizar, tan propia del hombre, que la mujer ha sido siempre, en todas las edades y en todos los pueblos, factor social y político de perfeccionamiento y de progreso. ¿Por qué para que siga siéndolo ha de eliminarse, por abstracción peligrosa de la mente, lo que su existencia y su naturaleza tienen de mujer? ¿Por qué adherirnos con tenacidad de hiedra a los sofismas que entraña una no bien meditada evolución? ¿Por qué ir, como dice Horacio, en busca de regiones alumbradas por otro sol? ¿O es que como la comedia aristofánica deseamos burlarnos de la niebla y del caos?

Emancipémosla, pues, pero dejándola mujer y colocándola en el centro del círculo de todas nuestras consideraciones.

Señores, no usemos del equívoco creando confusiones, porque si el equívoco en toda actividad mental es un mal de funestas consecuencias, cuando trasciende al orden moral, cuando se trata de pasiones como las que ahora puede levantar y de consecuencias como las que nos pueden sobrevenir, entonces es un delito. La verdad debe reverberar en todo, pero señaladamente en el lenguaje, porque las palabras son fiel reflejo de las ideas.

Y no hay que olvidar un momento que la palabra «emancipación» es el equívoco del día y que así como los sofistas viven de la mentira y el engaño, los ideólogos, de quienes ya en su tiempo se quejaba Napoleón,

se alimentan de equívocos que son los que generan la confusión en las ideas, confusión que crea hoy un problema que hay que mirarlo de frente y con el ánimo advertido, por lo mismo que su presencia inesperada sugiere aspiraciones falaces y tentadoras. Cuando el deber lucha con las perplejidades no faltan sirenas que con meliflua voz trastornan los cerebros humanos.

Si ponemos oído atento a las resonancias mundiales llegaremos a convencernos de que los elementos serenos de los países verdaderamente civilizados, sus legítimos exponentes intelectuales oponen, en lo general, serias reservas al problema del feminismo tal como se le quiere plantear en la última etapa de la historia contemporánea. Si desde el punto de vista de las concesiones generosas lo aceptan de buen grado, desde el punto de vista político se preguntan si los pueblos, por el medio de que se trata, alcanzarán la plenitud de las aspiraciones de una bien entendida democracia. El espíritu de la mujer hay que considerarlo en justicia como campo fértil para sembrar el bien. Éste, cultivado en tan propicio terreno, se convierte de diminuta semilla en árbol sorprendente por lo majestuoso, lleno, además, de gracias y atractivos. Pero en ese campo fértil, magnífico y munífico, una vez que las pasiones políticas logren envenenarlo, y en el estadio de la política todo se envenena, el bien y la bondad perderán todo aquel ensalmo de ternura, delicadeza y majestad que constituye su mejor atractivo. Convertido quedará ese campo en el de áridas osamentas que contemplaba Ezequiel.

Señores, hay que decirlo bien alto, a la mujer hoy en Panamá el Gobierno la educa y la instruye y procura, hasta donde ello es posible, habilitarla para ganarse la vida ventajosamente. Pero hay más; le proporciona también, al par del hombre, educación cívica, lo que significa que entre nosotros la mujer debe intervenir necesaria y legítimamente en la vida pública, más que el hombre, siendo así que la mano de madre es la única que puede depositar y fecundar en el corazón la semilla vivificante del patriotismo. Para mí, dice don Antonio Maura, "el verdadero feminismo se satisface, y participa en la actuación cívica, y puede recabar, cuando lo necesite, medios para su decorosa independencia, sin ambicionar oficios que no le incumben."

Preparemos, pues, a la mujer panameña para que pueda desempeñar ordenada y permanentemente todos los poderes que la naturaleza, el cristianismo y la civilización moderna han puesto en sus manos para su propio beneficio y para que pueda intervenir eficazmente en el adelanto y prosperidad de la

patria. Como Director de este Colegio nuestro anhelo incesante es emancipar a la mujer pero dejándola mujer, es decir, queremos un feminismo en armonía con nuestras costumbres y necesidades.

En el Octubre de la vida nos reanima y complace pensar que nos encontramos todavía en condiciones de prestarle a la patria el servicio de proclamar públicamente sus anhelos con relación a un asunto de vital importancia para ella, aun cuando para realizarlo tengamos que vacar fugitivos instantes a las elaciones del alma, y procediendo siempre con espíritu vigoroso pero elevado, con voluntad de acero e inspirados en nobilísimos propósitos.

La educación de la mujer, no hay tampoco para qué negarlo, adolece entre nosotros de capitales defectos, siendo la causa mayor de todos que la sociedad no procura crear en la mujer el hábito y la verdadera preparación para ejercitar en el orden social, en la familia principalmente, los poderes a que tiene derecho. Pero a ello se llega no anulando sus nobles prerrogativas de mujer, sino elevándolas, exaltándolas, sublimándolas. Si la mujer tiene capacidad personal para todo, pongámosla en condiciones de poder entrar en posesión de sus verdaderos soberanos atributos. No hacerlo es desheredarla de por vida de inefables goces y excluirla de bienes excelsos a trueque de convertirla en la mujer política de la República de Platón. Para actuar en una República como aquella incomparable e inconcebible República, comprendemos nosotros la caricatura que unos cuantos aspiran a hacer de la mujer cristiana; pero para laborar en la sociedad moderna, no. Si queremos elevar la mujer por medio del trabajo y la virtud, hagámoslo; pero antes de continuar la labor, porque comenzada está ya hace veinte siglos, pues San Pablo en su epístola a los gálatas les dijo: Ya no hay esclavo ni libre, ni griego ni judío, ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Jesucristo, tengamos concepto perfectamente claro de lo que perseguimos, así como la firmísima voluntad de llegar adonde aspiramos. Progresar, señores, no es correr sino subir; progresar, además, en cualquier orden de ideas es acto de sinceridad y de prudencia que ha de verificarse de modo que corresponda eficazmente al propósito que se persigue, ya que sabemos que cuanto hay de noble y de bello en el mundo, se explica por un acto de sinceridad.

Nosotros no creemos, no queremos ni debemos creer en que las influencias contrarias a la verdad, a la razón y a la rectitud de las cosas que hoy se difunden en el mundo, tienen y deben tener duración indefinida. De

aquí que, apesar de verse nuestro ánimo solicitado por inquietudes y zozobras, tengamos fe y confianza en el buen sentido de la mujer panameña, que mientras más ilustrada más refractaria será a innovaciones de esas que suelen teñir de rubor la luz que baña su rostro.

En pueblos como Panamá, las consecuencias sociales del desequilibrio que se tratan de establecer han de ser de incalculable trascendencia, por lo mismo que se nos quiere inducir a que abandonemos, lejos de la orilla, la nave que, zozobrando y todo, contribuye aún a mantenernos a flote sobre la superficie de mares, que no siempre semejan las tranquilas ondas de un lago. El error inductivo que llena las mentes de atolondrados innovadores impulsa también entre nosotros la reacción encarnizada que hace tambalear hoy en otras partes la ciudadela del propio hogar.

Señores, el ideal escrito en las nubes con rayo de sol puede ser brillante, pero siempre es inferior al ideal de la sociedad. Hay sofismas glorificados que han contribuido a desviar el criterio de los pueblos. Seamos, ante todo, prácticos y cuerdos. Ni lo viejo es malo porque es viejo, ni lo nuevo porque es nuevo. En ambos hay cosas buenas que debemos conservar y aprovechar, y cosas malas que debemos repudiar o repeler. «Todas las mareas dejan su concurso laborioso sobre la playa». Los prejuicios siempre van contra la verdad y la razón. De la lucha de encontrados intereses que aspiran hoy a dominar la sociedad ha nacido el espejismo fugaz de lo que debe ser la mujer y su destino terrenal. Colocada en una pendiente, que no es el plano en que debe permanecer, se la quiere obligar, en nombre de la Economía Política o de ficticias necesidades, a recorrer nueva etapa de lucha y a dejar atrás trofeos brillantes, legítimamente adquiridos.

La frivolidad sólo ve las ventajas que brinda la materia o lo que con ella tiene íntima relación, sin caer en la cuenta que son otros, muy otros, los escenarios en que el espíritu y sus atributos espacian sus alcances intelectuales y morales. No es verdad que el género humano es raudal próximo a perderse en el océano inmenso de los apetitos materiales. Presiente, es verdad, desenlace funesto, pero, por lo mismo, ansía agotar generosos esfuerzos, vencer toda laya de obstáculos y atronar los aires con los hurras del triunfo.

Señores, conciliar los intereses del pasado con los del porvenir es la tarea que incumbe llevar a cabo a los verdaderos patriotas istmeños.

En la Escuela Normal, mientras estemos nosotros al frente de ella, serán derrotero se-

guro las siguientes palabras de un escritor contemporáneo: “La fuerza directriz de la sociedad, aunque a veces no lo parezca, viene siempre de atrás y cada actualidad obedece a la rienda de antecedentes morales, culpables o virtuosos, diluídos en la gran corriente, del mismo modo que viajan, perdidas en el cauce de los ríos, que ellas también aumentan, las aguas de los primeros manantiales tributarios.”

No quiere ello decir que aceptemos al pie de la letra la sentencia de Augusto Comte, que los muertos gobiernan, sino que la herencia y la tradición gravitan como plomo en el camino que conduce al reino que ha de venir, y que del pasado nos viene el gran talismán para vivir la vida del alma, que es la fe. ¿Adónde fueron, pregunta Paul Bourget, cuando sonó la campana de la movilización, las madres y las esposas? A la Alcaldía, a la casa del pueblo? No, a la de Dios. Y agrega con razón el ilustre novelista, que el conjunto de los que creen está formado por todas las abnegaciones hambrientas de esperanzas y por todas las tristezas sedientas de consuelo. Si la emancipación de la mujer, como algunos la preconizan, ha de producir en ella, como se pretende, el eclipse de la fe, la sociedad panameña renuncia desde ahora al bien que esa emancipación le trae. La historia nos enseña que los beneficios verdaderos de una cultura propia, de una industria perfecta y de una real autonomía sólo se adquieren procediendo el hombre y la mujer dentro de sus respectivas naturalezas, y cumpliendo cada cual sus respectivos deberes.

“La significación ideal del Descubrimiento de América”.—Discurso en la Escuela Normal de Institutoras la noche del 11 de Octubre

Señores:

Quando el director de esta escuela normal me invitó a participar en el acto que ahora se verifica, fue mi primer impulso negarme rotundamente a complacerlo. Yo tenía, y tengo, una razón fundamental para ello: no estaba, y, por supuesto, no lo estoy aún, preparado para discurrir con lucimiento sobre ninguno de los temas que, de modo ya próximo, o ya lejano, es costumbre considerar como relacionados con la fiesta dicha de la raza. Si me circunscribiese, pensaba, a su exclusivo y simple alcance histórico, mi mente, siempre perczosa, remisa, cuando se ve obligada a penetrar en el campo donde se manifiesta la vida que fue, apenas llegaría a comprender el motivo que hay para erigir

en ocasión de nacionales y solemnes regocijos el solo recuerdo de un suceso que el lento, pero fatal correr del tiempo descolora. Si prefiriere echarme por los abruptos zarzales de eso que pretende ambiciosamente ser la filosofía de la historia y sólo alcanza el arte ladino de arreglar y coordinar los hechos humanos, de manera que ellos respondan a ciertas ideas preconcebidas, mi fracaso sería inevitable; porque no habiendo tenido lugar todavía de escoger mi patrón conceptual de la vida, no sé con qué criterio podría proponerme un ensayo siquiera acerca del sentido filosófico de esta conmemoración. Si, en fin, discurría también, libre mi espíritu de tentaciones metafísicas, quisiese solamente intentar una jaulatoria literaria en honor de la nación genitora de nuestras modalidades gentilicias, que fuera como el tributo de nuestro amor y nuestra admiración por ella, mis esfuerzos serían empleados en la más inútil de las empresas: ¡Cuán lejos de mí han andado siempre las musas! ¡Con qué suplicante anhelo las he invocado en mis horas difíciles! ¡Y cómo se han mostrado desdeñosas ante mis insistentes llamamientos!

Sin embargo, advertí pronto que muy poca era la fuerza de semejantes razonamientos hallándose de por medio los derechos de una amistad pura y sin dobleces, que así es la que me dispensa el dignísimo y benemérito rector de los destinos de esta casa, y habiéndose invocado—talismán irresistible—los deseos de un establecimiento que desde antaño, aunque nunca fuera manifestado, posee mis más vivas simpatías; y he aquí cómo he venido a darme en sacrificio, voluntaria y rendidamente, para tratar de cumplir el encargo, después de todo, gratísimo, que estas dos tiranas deidades me han impuesto. Lo que la inteligencia juzgaba temerario e imposible, el corazón lo encuentra ahora hacedero y lleno de atractivos. Contradiceión, antítesis psicológica o lo que sea, celebro las circunstancias que me han hecho cambiar de propósito y me han traído a compartir con vosotros este momento feliz de espiritual elevación.

Mas, sobre qué tema discurriré después de haber declarado mi incompetencia en aquellos órdenes de ideas en donde tal vez habría encontrado alguno con que regalar vuestra atención y vuestros gustos? Nueva dificultad se me ofrece que sería suficiente a hacerme vacilar si no fuera porque de antemano, y resolviéndome a correr el riesgo de acertar o no, había pensado que la significación ideal del 12 de Octubre es un asunto que bien vale la pena de ser estudiado,

si hay razón alguna de peso para que generaciones tras generaciones se sientan entusiasmadas y como transportadas a un plano superior de la vida ordinaria, cada vez que en la rotación misteriosa del tiempo llega es la fecha a cuya bonancible aurora surgió un continente y se inmortalizó una raza.

Yo he sostenido siempre que para que los hechos realmente importantes que han influido en la marcha de la humanidad, ya rectificando sus antiguas normas del progreso, ya acreciéndolas con nuevos valores morales y materiales trasciendan hasta el presente convertidos en fuerza propulsora, en motivos de acción individual y social, en razones de vida, es absolutamente preciso que nos los expliquemos y los comprendamos no como meros hechos sucedidos que la imaginación puede complacerse en evocar para inocente solaz del alma, ajena ésta a toda preocupación utilitaria, sino como hechos cuyos efectos, cuya finalidad y cuyo alcance se han sintetizado y perduran en nosotros, en nuestros sentimientos, en nuestros pensamientos, como patrimonio sagrado racial que, a nuestra vez, tenemos que transmitir a las generaciones venideras. Con este criterio quiero dar a entender que lo que en la historia de cada nación y cada pueblo hay digno de ser conservado y celebrado no tiene su puesto mejor en los polvorientos rincones de sus archivos y de sus bibliotecas, sino en las virtudes privadas y públicas actuales de sus hijos, en la consistencia, solidez y genio de sus instituciones; en la aptitud para comprender y adaptarse a las exigencias que determinan las sendas reales de la civilización verdadera. De qué nos sirven a nosotros, actores de este siglo veinte, las pasmosas hazañas del Cid Campeador, si carecemos de la recia acometividad suya para enfrentarnos a las poderosas huestes de ídolos y fantasmas que nos cierran el paso en nuestras luchas reivindicadoras del derecho político y la libertad civil? Qué pueden significar en nuestra actual cultura jurídica «El libro de las leyes» del rey sabio, si el audaz espíritu renovador y de unificación institucional que él fue con respecto al derecho germánico no inspira las meditaciones y los proyectos de nuestros juriseconsultos cuando urgidos por las condiciones del estado social del presente se ven obligados a cchar las bases fundamentales de un derecho nuevo? Qué valor moral o educativo posee para nuestros estadistas de hoy la sabiduría política de los católicos monarcas, si carecen de las grandes ambiciones que éstos tuvieron, si les falta—obra del ruin egoísmo que les consume—

una visión clara del porvenir y el sentido, a la vez heroico y trágico, que deben caracterizar las acciones que la historia consagra? Cómo, en fin, podemos hacer del 12 de Octubre de 1492, «el mayor suceso que ha tenido lugar en el mundo después del nacimiento de Jesucristo», la fecha simbólica de la raza si ésta no poseyera las virtudes específicas que prepararon e hicieron feliz y sorprendentemente posible la obra del admirable genio de Colón, si se creyera incapaz de emprender, ella también, la superior empresa del descubrimiento del nuevo mundo moral que el destino tiene indudablemente reservado para los pueblos que constituyen la inmensa familia hispanoamericana?

Yo no sé hasta dónde compartís conmigo las ideas que acabáis de oír y con las cuales he querido iniciar la significación que, entiendo, debe tener la gran efeméride gloriosa; pero sean cuales fueren las reacciones mentales que en vosotros se produzcan por causa de lo que he dicho, si convenís, por lo menos, en que es discutible la importancia de los hechos históricos independientemente considerados de sus proyecciones y transmuciones en el presente, me excusaréis que os pida sigáis favoreciéndome con la misma benévola atención con que hasta aquí me habéis favorecido. Estoy cierto de que las nuevas disquisiciones en que en seguida voy a entrar para completar mi pensamiento poseerán la virtud decisiva de ganáros para la causa que sustento.

A la luz, pues, de lo que he venido exponiendo resulta que el descubrimiento de América, que en el clímax de los hechos memorables de la raza es un ápice luminisísimo, debe ser traído por la razón práctica desde las lejanías de su pasado secular hasta nuestra actual existencia contemporánea para que dejando de ser el sólo suceso fenecido sin influjo en la vida de nuestras nacionalidades, les sirva de fermento de ideas y sentimientos a favor de los cuales puedan sobrepasar las hazañas de sus antepasados, les que en luchas titánicas forzaron, audaces, las puertas de la inmortalidad. Diría aún, que con ello se daría a la raza un rico contenido de espiritualidad, según «las cardinales directivas» de la civilización de nuestros días.

Cómo, me diréis, realizar este estupendo milagro? Cómo llevar al terreno de los hechos una tal transfusión de sangre vieja en vasos formados para contener apenas la poca nueva que las urgentes necesidades del presente demandan? Y, sobre todo, cuáles

van a ser los efectos de este raro «quimismo» en el dominio de lo inmaterial? No tiene cada época y cada humanidad sus aspiraciones y sus medios propios y únicos de satisfacerlas?

Aquí está implícitamente enunciado en toda su integridad un magno problema de la raza; problema cambiante en sus datos, y, por consiguiente, en la manera de ser resuelto; problema que acaso entrevieron los agitados y gloriosos reinados de Carlos quinto y Felipe segundo; que fue desconocido durante el largo período de una decadencia, de la que apenas se comienza a levantar cabeza, y que es el mismo que en la actualidad confronta en términos apremiantes la vieja madre España y éstas sus hijas que después de una loca disipación de energías sienten la nostalgia del perdido haber y se preparan para recuperarlo ahora.

Lo que hay que hacer, sin embargo, no es, evidentemente, una cuestión de palabras más o menos sonoras, aunque parezca algo contradictorio que de palabras me valga yo mismo para bosquejar el carácter de lo que, a título de resolución, deba ser hecho. No es tampoco nada que tenga que ver con esos pomposos programas que cierta literatura se gasta en ocasiones como ésta, aunque es claro que lo que fuere no se llevará a efecto inopinadamente y como al azar de las circunstancias. No es algo en que el enfermizo sentimentalismo propio de las razas débiles tenga que intervenir, si bien es verdad que sin una creencia firme y arraigada en nuestra capacidad para renovarnos espiritual y materialmente muy poco sería lo que podríamos adelantar en nuestras aspiraciones. No se trata, en fin, de cosa que esté relacionada con ese voluntarismo ingenuo que predicaban por ahí ciertos filósofos unilaterales, no obstante ser cierto que sin el concurso de una voluntad individual y colectiva fuertemente disciplinada, jamás podrá rebasar la raza los límites estrechos a que ahora se halla circunscrita.

Mi preocupación que, desde luego, no tengo por original es otra: Puesto que el descubrimiento de América, la obra humana más grande que han visto los siglos, a pesar de la contingencia de su carácter en lo que respecta a la raza que lo llevó a cabo y al tiempo en que se realizó, no vale ya para nosotros sino como un fermento generoso de ideas y sentimientos, como un «substratum» quintaesenciado de energías espirituales provenientes de la paciencia y la constancia del genio,

de la abnegación más desinteresada que imaginarse puede, del entusiasmo y la voluntad de una «mujer piadosísima, varonil y excoisa», de la resolución inquebrantable, del valor temerario, de la templanza de ánimo y hasta de la resignación admirable ante el espezamiento cruel de la muerte del puñado de aventureros que acompañaba a Colón, recorramos, solícitos, tales virtudes humanas, tan acendradas y tan necesarias en todos los tiempos, y tanto que sería un crimen dejarlas relegadas al pasado, y cultivémoslas con amoroso afán hasta convertirlas en la esencia actual de nuestra vida, en donde quiera que las circunstancias lo permitan, así en «la actividad cívica, en la prensa, el libro y la revista como en el «mundo de los negocios y las industrias», no menos que en «el del derecho y la justicia», «en el trajín de la calle y en la misma frivolidad de los salones sociales»; esto es, hagamos obra educativa amplia no sólo en son de maestros de escuela en los recintos académicos y universitarios, sino como quiera y en dondequiera que la actividad diligente de la raza extienda su radio de influencia. Debemos estar plenamente convencidos de que las virtudes que impulsaron un día a la raza por mares turbulentos y desconocidos que la ciencia negaba; que luego, por sugestión irresistible, prendieron en el alma de los más simples varones transformándolos en legionarios de formidables proezas; que hicieron posible, más tarde, la conquista de todo un continente y la subsiguiente organización política del más vasto imperio colonial que haya existido, que, en fin, por intermedio de las soluciones de continuidad por donde el pasado se filtra en el presente se tradujeron en uno de los fermentos que hicieron la emancipación americana, no se han extinguido y que ellas se mantienen intactas en el alma de la raza esperando la obra paciente de jardinería que las renueve y vivifique. ¿Somos, por ventura, inferiores a nuestros antepasados? ¿No tenemos ninguna misión trascendental que llenar en el mundo? ¿Estamos condenados a consumirnos en el placer estéril de vivir de los recuerdos de un pasado que, si existe, está en nosotros estimulándonos constantemente a franquear las puertas del futuro? Ah, señores, yo soy muy optimista. Esta fiesta no me sorprende con el espíritu entristecido llorando en mi interior al contemplar tanta grandeza fenecida. Me encuentra alegre con las armas al hombro dispuesto a seguir tan adelante como el destino lo quiera. Es que el descubrimiento de América no es para mí sino un «sursum corda», una solemne invitación a la gloria. No lo es para vosotros?

Discurso pronunciado por el Rector del Instituto Nacional en la velada con motivo de la celebración de la Fiesta de la Raza

Excelentísimo señor Presidente, señor Secretario de Instrucción Pública, señores:

El Instituto Nacional de Panamá y el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, que se mantiene enhiesto, contra los embates de la fortuna, irradiando belleza y fomentando sentimientos de arte, han convenido en celebrar juntos esta hermosa fiesta de fraternidad que ha dado en llamarse la «Fiesta de la Raza», aunque ya un gran sociólogo, Juan Finot, ha probado, con toda la autoridad de un observador profundo y concienzudo, «la agonía y la muerte de las razas», consideradas como entidades implacables en las cuales se clasificaban los seres humanos.

La palabra «raza» presenta hoy, señores, un contenido vacío de significado y propio sólo para seguir sembrando el odio y el desprecio de nuestros semejantes. Es una voz exclusivista, especie de muralla china, tras de la cual nada positivo puede encontrarse ni edificarse. Vivimos así de cascarones de ideas o de términos cuyos sentidos se han mistificado o viciado para hacernos sufrir, en vez de alimentarnos de verdades tonificantes, capaces de causar nuestro bienestar o nuestra felicidad.

Para nosotros, como para el sociólogo citado, no debería insistirse más sobre las diferenciaciones fisiológicas, más o menos inmutables según Le Bon, sino sobre aspiraciones políticas, morales o intelectuales, diferentes; en una palabra, debería reemplazarse el concepto «raza» por los conceptos más humanos y más efectivos de «país» y «patria».

Una comunidad de aspiraciones paralelas, una emotividad semejante, sirven mejor de aproximación que la identidad del ángulo facial, la igualdad del índice cefálico o la pretendida pureza de la sangre. «No es la craneometría la que opera las aproximaciones de los pueblos—observa Finot—sino su forma análoga de sufrir y de gozar la vida.»

Para conquistar a los pueblos es necesario, pues, dirigirse a su alma, imponerse a su conciencia por infiltraciones hereditarias, afectivas, educativas o económicas. La destrucción brutal de las nacionalidades es estéril y contraproducente. Las conquistas que gana la violencia y mantiene la fuerza, son efímeras y peligrosas. La llama del espíritu nacional permanece latente y viva bajo la ceniza de los muertos y por el más leve

intersticio, como por un cráter, asoma su luz inextinguible. Lo mismo humeaba la conciencia de La Bohemia y la de los tchecos, que la de Polonia y la de Alsacia y Lorena bajo la planta extranjera que pretendió sofocarlas. «Los pueblos viven mientras no quieren morir.»...

Sin duda no serán ya más las armas de la victoria las que tracen los destinos de los pueblos. «No hay que tomar en cuenta—dice el autor citado—sino la acción civilizadora, que es la única que crea, impulsa o destruye las colectividades. La belleza y la dulzura de una cultura se insinúan en las interioridades de nuestras almas, verdaderas fortalezas inexpugnables para soldados victoriosos. Sobre las ruinas de la doctrina de las razas muertas, se edifica la de los pueblos vivos. Ya ha conquistado los derechos sagrados e imprescriptibles de las naciones a disponer de sus destinos y por esto mismo será grato a la humanidad del mañana. La emancipación divina de las almas y de los espíritus, libres de la fábula de las razas, servirá para reemplazar la brutalidad estúpida de las guerras. Se comulgará en la belleza y en la grandeza del pensamiento. Se rivalizará por los atractivos y encantos de las civilizaciones, cuando se hayan enterrado las creencias en las virtudes fantásticas de los índices cefálicos, de las cabezas blondas o morenas y de los colores de la piel.

La Fiesta de la Raza que hoy celebramos, señores, debe tener este alcance, y sólo este. Nosotros la llamaríamos mejor «la Fiesta de Hispano-América», para que el nombre sea más humano y racional. La comunidad hispano-americana no será nunca una mera palabra en tanto que se base sobre unas mismas aspiraciones y una cultura semejante. Si hemos sido impresionados por los mismos ritmos de la forma y las mismas gracias del pensamiento secular de Lutecia; si ha descendido al fondo de nuestras almas la claridad de visiones semejantes y la sombra de análogos prejuicios y errores; si hemos comprendido de igual manera ciertos misterios y rechazado ciertas verdades, si hemos hecho un mismo escudo del valor, la caballerosidad y la hidalguía, nada de extraño tiene que proclamemos esas identidades y que ellas obliguen nuestra fraternidad.

Reconocernos hermanos no significa que debamos ser inmutables ni exclusivistas. Cada nacionalidad, cada pueblo de América, posee modalidades y rasgos propios, dentro de la familia hispana, que es útil y hasta obligatorio conservar y cultivar. Debemos ser nosotros mismos, con la más potente originalidad y virtualidad que podamos, dando a la

obra entera de la civilización humana lo más sano, lo más propio y personal de nosotros.

Y conservando lo que constituye este fondo sustancial de nuestros pueblos, los americanos debemos abrirnos ampliamente a todas las influencias del mundo que puedan servir para modelar y enriquecer nuestro espíritu libre e independiente.

Lo que España nos pide y que nosotros no podemos negarle con justicia, es el puesto de preferencia en nuestro afecto y nuestras relaciones, porque somos más afines a ella que a ninguna otra nación; por el carácter y por el espíritu, por la fe y por el idioma, lazo fortísimo que une a todos los hombres de un mismo sentido humano y marca el sello indeleble de un pueblo en la obra de la cultura. Si la civilización sud-americana reconoce sus orígenes y fuentes directas en las sociedades europeas, no puede desconocerseles el derecho a reclamar una más íntima vinculación con la que fue su cuna materna: la noble esforzada e hidalga nación española.

Por este lazo común que hay entre españoles e hispano-americanos, por ese mismo sentido que tienen nuestra mentalidad y nuestra manera de ser, debemos aspirar a fortalecer en nuestras almas, para elevarlo a cosas más grandes, el sentimiento del amor y la solidaridad. Trabajando juntos por la nota común, como observaba Altamira, trabajando por la civilización hispana, y todavía más arriba, por la nota peculiar de la civilización latina, todos trabajaremos por la humanidad entera.

Y la humanidad presenciará atónita y orgullosa la conjunción de dos civilizaciones fuertes, la hispana y la británica, que se ha de resolver en una armonía suprema y fecunda provocada en el viejo troneo por los retoños de América. Feliz Panamá, eje del Continente y llave del mundo, si acierta a conservar su personalidad y el vigor de su espíritu y puede levantar sin peligros el ara cordial donde celebren sus nupcias esas dos civilizaciones, al amparo cariñoso de la madre patria España.

Sí, señores, la América hermana ha de hacer y ha de perdurar para paz y eunimia sobre el continente luminoso e inmenso de Colón. Tengamos fe en nuestros propios corazones generosos y serenos y comencemos nosotros mismos, sin desalientos ni desmayos, la lucha radiante por la armonía y la fraternidad. ¿Acaso desmayó el Almirante egregio, el abuelo aventurero, terco y audaz, cuyo triunfo celebramos hoy? Los hombres de poca fe se burlaron de él, su corazón sufrió la amargura de las decepciones, cayó sobre su alma aterida la niebla de la ingratitude y la injusticia y siempre tuvo fe, y la fe realizó el prodigio estupendo: cruzó el mar desconocido e infinito, rasgó con mano atrevida el velo de brumas que envolvía el continente más grande de la tierra y fecundó con la chispa genial de su alma el vientre estéril de la América bravía.

Somos, señores, de una estirpe de conquistadores y ya que la tierra no necesita más de conquistas, conquistemos ahora las almas, conquistémoslas para el bien, para la belleza y para el amor.



Noticias del Mundo Científico

Descubrimiento prodigioso

(Reproducido del "New York American", de Octubre 12)

Un sabio francés se muestra convencido de haber hallado el medio de asegurarle al hombre perpetua juventud

El profesor Serge Voronoff, director del Laboratorio Experimental del Colegio de Francia, ha escrito expresamente para «The Universal Service», la nota que sigue:

“Lo concluyente de ciertos experimentos que he venido haciendo me han convencido de que es ahora posible recuperar completamente la fuerza y la juventud aun cuando se haya llegado al último grado de decrepitud senil.

“Hace muchos años que ciertas observaciones me indujeron a creer que la función principal de las glándulas intersticiales no era otra que la de renovar continuamente el vigor de todos los organismos animales. Con la ayuda de mi esposa, comencé entonces una serie de experimentos consistentes en injertar glándulas intersticiales de animales jóvenes en animales viejos, anotando cuidadosamente los resultados durante largos períodos.

“El éxito que logré con el uso de cabros y ovejas fué extraordinario. El experimento más notable fué el que hice con un macho cabrío de catorce años de edad que evidentemente estaba a punto de morir de viejo.

“Extraje varias glándulas de un cabro joven y las injerté en el viejo, cuyos tejidos se unieron muy fácilmente con los del joven, y comenzó inmediatamente la regeneración del decrepito animal.

“Dos meses después, el cabro viejo era imposible de reconocer. Estaba ágil, vigoroso y agresivo, y, en general, poseía otra vez todas las características de un cabro de dos años. Le volví a quitar entonces las glándulas injertadas y en pocas semanas el animal había vuelto a caer en su anterior decrepitud.

“Repetí el experimento varias veces en otros animales y no me falló ni una sola vez.

“Lo único que ahora nos queda por hacer es injertar glándulas de monos en hombres ancianos y de este modo quedará terminantemente comprobada mi teoría de que la fuente de la eterna juventud ha sido ya descubierta.

Nada más lejos de nosotros, sin embargo, que la idea de que este descubrimiento haya de servir para evitar la muerte final. Sólo significa que el vigor y la salud de la juventud podrán conservarse hasta el momento de la muerte.”

Otro descubrimiento del doctor Voronoff

En un artículo que vió la luz en el «Journal» de París, el mismo doctor Voronoff asegura estar comprobado que las glándulas de secreción internas tales como la tiroidea, la suprarrenal, etc., continúan vivas durante tres horas después de la muerte completa del cuerpo humano. El, por consiguiente, se pronuncia resueltamente en favor de la idea de arrancar dichas glándulas del cuerpo de personas jóvenes que hayan sido muertas por accidentes, para injertarlas en el cuerpo de aquellas personas que se hallan sufriendo enfermedades para las cuales podía servir de inmediata cura el injerto de dichas glándulas.

El profesor Voronoff, acerca de cuyos recientes descubrimientos encontramos numerosos comentarios en la prensa del día, europea y americana, asegura también que las glándulas de referencia no sólo se conservan vivas durante varias horas después de la muerte, sino que pueden preservarse por un tiempo considerable si a tiempo se las pone en hielo.

“Cuasimodo” en el exterior

NOS complacemos en reproducir dos notas muy efusivas que acerca de la labor de CUASIMODO hemos recogido en la prensa hispano-americana.

Notas y comentarios.—“Cuasimodo”

“Hemos recibido de Panamá, el primer número, correspondiente al mes de Junio, de una notable revista, «Magazine Interamericano», que se propone ser “órgano de información mundial, afirmación de ideas renovadoras y aquilatación de los valores intelectuales predominantes en España y y América.” CUASIMODO, que así se llama este magazine, muy bien presentado tipográficamente, pretende ser “nuevo de forma y nuevo de fondo”; y conviene decir que el primer número abona su afirmación. Es una revista digna de este año de 1919, en que la humanidad está tentando contra todas las oscuras fuerzas del pasado que se obstinan en oponérsele, la colosal aventura de su redención. En sus páginas se habla de política y de arte, pero sin remilgos ni cobardías, con espíritu del siglo, como de quien sabe que hay que emprender ahora, después de la gran guerra, otra guerra no menos heroica y dura, como la que hace cien años, después del Congreso de Viena, emprendió el liberalismo contra la reacción, ciega, prepotente, aparentemente victoriosa.

“Vivamente descamos que esta revista que nos viene de tan lejos encuentre el modo de ser conocida y leída en nuestros círculos intelectuales, y que no le falten aquí valientes imitadores que remuevan y renueven—aunque se alboroten los sapos—esta charca en que vivimos.

“CUASIMODO—en cuya redacción vemos figurar un argentino: Julio R. Barcos—nos ha honrado reproduciendo dos poesías publicadas por «Nosotros» en números anteriores: una de Eduardo Taleró y otra de Juana de Ibarbourou; respondemos a la cortesía, reproduciendo a nuestra vez algunas de sus notas de redacción, que firma el periodista puertorriqueño Nemesio Canales y dan idea del espíritu de la nueva revista.”

(De la revista argentina «Nosotros».)

El Magazine “Cuasimodo”

“Ha llegado a nuestra Redacción el número 3 del importante magazine CUASIMODO, que editan los señores Moscote, Canales y Cia. en Panamá y del cual es uno de sus directores don Julio R. Barcos, para nosotros ya bien conocido por su talento de escritor y por los generosos ideales de humanidad y progreso que va predicando por los pueblos de nuestra raza.

“Creemos sinceramente que los directores de esta nueva empresa periodística han acertado en el género de revista que han adoptado. CUASIMODO ofrece a sus lectores 100 páginas de lectura nutrida, amena y sustanciosa. Trae el tercer número 22 páginas crítico-informativas de la política mundial, donde campea el espíritu cáustico y avanzado del director de la revista, doctor Nemesio Canales. Igualmente interesante y novedosa es la sección «Nuestros Profesores de Idealismo en América» suscrita por el señor Barcos, quien con singular claridad de pensamiento analiza las ideas que predicán nuestros grandes escritores hispanoamericanos, replicando en nombre de un saludable realismo intelectual a los prejuicios románticos de tales escritores.

“Trae, además, entre otras novedosas secciones, una dedicada a la «Actuación de la mujer moderna en el mundo» y otra a la aquilatación de los valores intelectuales de España. La cáustica pluma del doctor Canales, especie de bisturí de crítico, viene haciendo desde el primer número autopsia literaria de don Jacinto Benavente, negándole el enorme talento que se le atribuye. Considera el caso benaventino como uno de los casos más sorprendentes de embaucamiento mundial, y le analiza una por una sus obras. Muchas otras cosas interesantes se hallan en las páginas de CUASIMODO, que en verdad ofrece a los públicos de América un plato nuevo, sabroso y nutritivo, pues no conocemos otra revista que se le parezca, por cuyo motivo le auguramos un triunfo completo entre las gentes que piensan y gustan de la buena lectura.”

(De «El Diario Latino,» del Salvador.)

Guijas y Guiños

Agresión armada contra las Ideas

De un artículo reciente del pensador español Unamuno, recorto el parrafito siguiente, que les viene de molde a los que pretenden atajar el avance del pensamiento humano con deportaciones, persecuciones y violencias de todas suertes:

“El perseguir la emisión de esas ideas a que se llama subversivas o disolventes, prodúceme el mismo efecto que me produciría el que, en previsión del estallido de una caldera de vapor, se ordenase romper el manómetro en vez de abrir la válvula de escape.”

Miguel de Unamuno.”

*
* *

Cedo ahora la palabra a Franklin, Herbert, Andrews, Macauley, Jefferson, Webster, Carlyle y Lincoln

Sobre la persecución de las ideas

“Cuando una religión es buena se apoya en sí misma; y cuando no se apoya en sí misma, y Dios no se cuida de apoyarla, de modo que sus sacerdotes se ven obligados a invocar la ayuda del poder civil, temo que esto de por sí sea un signo de que es mala.

“Si repasamos la historia buscando datos acerca del carácter de las actuales sectas cristianas, encontramos muy pocas que no hayan sido por turno perseguidas y perseguidoras. Los primeros cristianos consideraron las persecuciones como un crimen en los paganos, pero las practicaron ellos mismos unos contra otros. Los primeros protestantes de la

Iglesia de Inglaterra condenaban la persecución practicada por la Iglesia romana, pero ellos a su vez persiguieron a los puritanos. Estos condenaron la persecución que sufrieron de los obispos, pero cayeron ellos mismos en la misma práctica tanto aquí (Inglaterra) como en América.

Benjamín Franklin.”

“La más miserable, la más infecunda, la más pérfida de las guerras que han affligido al mundo es la guerra contra las palabras. Dejad a los hombres que digan cuanto se les antoje. Dejadles que hablen de cortar todas las gargantas, y quemar todas las casas, si así lo quieren. Nosotros no tenemos nada que hacer con las palabras ni con los pensamientos de un hombre, sino oponerle mejores palabras y mejores pensamientos, triunfando así en el gran duelo moral e intelectual que se está desarrollando siempre y del cual depende todo el progreso del mundo.

Auberon Herbert.”

“Rico o pobre, blanco o negro, grande o pequeño, ignorante o sabio, oportuno o inoportuno, con razón o sin ella, a quien quiera que desee hablar, déjesele hablar, y a quien quiera que desee oír, déjesele oír. Que nadie pretenda arrogarse la prerrogativa de juzgar de la libertad de otro. En este respecto, no hay ni puede haber superioridad de personas o privilegios, ni el menor pretexto jamás para ello.

*J. A. Andrew,
Gobernador de Massachusetts.”*

“No existe más que un remedio para los daños que puede producir una libertad recientemente adquirida, y ese remedio es la libertad. Cuando un prisionero sale de su celda, no puede soportar la luz del día, le es imposible distinguir de colores o reconocer las caras. El remedio consiste en dejarle que se acostumbre a los rayos del sol.

“Muchos políticos de nuestro tiempo tienen la costumbre de establecer como un principio incontrovertible el de que ningún pueblo debe ser libre hasta tanto que no esté preparado para hacer uso de su libertad. Esta máxima es digna de aquel tonto del cuento que resolvió no entrar en el agua hasta que no hubiese aprendido a nadar. Si los hombres fueran a esperar para ser libres hasta volverse buenos y sabios en la esclavitud, ya podrían sentarse a esperar por los siglos de los siglos.

Macaulay.”

“Toda vez que la base de nuestro Gobierno no es sino la opinión del pueblo, nuestro objeto principal debe ser el mantener vivo ese derecho de opinión; y si se me encargara a mí de resolver sobre si debemos tener gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, yo no vacilaría ni por un momento en preferir lo último.

Thomas Jefferson.”

Sobre el capitalismo

“El gobierno más libre no puede durar mucho cuando la tendencia de la ley es el crear una rápida acumulación de propiedad en las manos de unos pocos, dejando a las masas pobres y dependientes.

Daniel Webster.”

“Algún día, por fin y para siempre, hemos de pasar la frontera que separa la tontería humana del sentido común. Y ese día pasaremos del paternalismo de clase, derivado de la ficción fetichista de las épocas de ignorancia universal, a una hermandad humana que esté de acuerdo con la naturaleza de las cosas y con nuestro creciente conocimiento de ellas. Del gobierno político pasaremos a la administración industrial. De la competencia individualista, a la individualidad en la cooperación. De la guerra y el despotismo en todas sus formas, a la paz y a la libertad.

Carlyle.”

“La experiencia demuestra que el hombre es el único animal que devora a los seres de su propia especie; pues yo no encuentro términos más suaves que aplicar a los gobier-

nos de Europa y al despojo que en general practican los ricos sobre los pobres.

“Considero una verdad axiomática la de que la tierra pertenece sólo en calidad de usufructo a los vivos; que los muertos no conservan derechos ni títulos sobre ella. La porción de tierra ocupada por cualquier individuo deja de ser suya tan pronto como él deja de existir, y debe volver al dominio de la sociedad.

Thomas Jefferson.”

“Toda vez que la mayor parte de las cosas buenas son producidas por el trabajo, resulta evidente que todas estas cosas deben pertenecer a aquellos cuyo trabajo las ha producido. Pero ha sucedido en todos los tiempos que algunos han trabajado, mientras otros, que no han trabajado, han gozado de una considerable parte de los productos. Esto es injusto y no debe continuar.

“Se ha hecho un esfuerzo siempre para presentar al Capital al mismo nivel, si no a un nivel superior, del Trabajo en la estructura de los gobiernos. Se dá por averiguado que el Trabajo sólo puede dar resultado en conexión con el Capital; que nadie trabaja a menos que otro, que posea capital, lo induzca a trabajar de algún modo. Este sentido, se pasa después a considerar si es mejor que el Capital alquile a sus obreros, induciéndolos así al trabajo por su propia voluntad, o si es mejor comprarlos y obligarlos a trabajar sin su voluntad. Y de estas premisas, se pasa naturalmente a la conclusión de que todos los trabajadores son, o jornaleros, o lo que llamamos esclavos.

Ahora bien, no existe esa relación que se supone entre el Capital y el Trabajo... El Trabajo es anterior al Capital e independiente del Capital. El Capital es sólo el producto del Trabajo, y no pudo jamás haber existido si no hubiera existido antes el trabajador. El Trabajo es, pues, superior al Capital y merece, por lo tanto, una atención mucho más alta.

Abraham Lincoln.”

*
* *

Como se ve

No reproduzco opiniones de pensadores tenidos por avanzados, famosos por el radicalismo de sus ideas. Me atengo solamente a

aquellos que quedaron consagrados como precursores y fundadores de las actuales instituciones, esas mismas en cuyo nombre se ha desencadenado recientemente, más en América que en Europa, tal furor persecutorio.

*
* *

Eso del Reparto

Algunos que no han querido o podido enterarse de la aspiración que hay en el fondo de la gran agitación industrial y política de estos días, harían bien en coger un librito, un compendio cualquiera, y enterarse de lo más elemental de la trifulea.

Porque es ridículo, de un ridículo trágico, oír todavía a personas ilustradas hablando... ¡del reparto! ¿De qué valdría, dicen, que se hiciese un reparto general del dinero de los ricos, si, al cabo de cierto tiempo, el ahorro de los pocos y la imprevisión o despilfarro de los muchos nos volvería al mismo estado de pobres y ricos en que vivimos hoy?

¡Qué barbaridad! No hay tal reparto, amigos. Antes al contrario, lo que se aspira a crear es un orden social donde no sea posible (como lo es hoy) quedar libre cada cual de hacer mangas y capirotos de lo que—según hemos visto que opinaban personas tan insospechables como Jefferson y Lincoln—es fruto del esfuerzo colectivo de la humanidad y, por consiguiente, propiedad de todos, y necesario a la subsistencia, bienestar y progreso de la comunidad. Se aspira, amigos, a rodear de tales cuidados y guardas y cerrojos la riqueza, el capital, que nadie tenga sino aquella porción de las rentas, de los beneficios de ese capital, que la sociedad estime buena como tipo, como «standard», para todo cuanto contribuya a la conservación y expansión de la vida de cada uno de sus miembros. ¿Entendeis ahora?

*
* *

La nota del bloqueo contra Rusia pasada a Alemania

El corresponsal en Francia del periódico inglés «The Manchester Guardian», comenta así el efecto de la nota en Francia:

“La nota no ha satisfecho a nadie. En los círculos de la delegación americana he oído que se espera una gran oposición por parte de Suecia, por sus hombres de negocio y especialmente de los obreros. Los obreros de aquí (de París) están furiosos y van a dar qué hacer. La Liga para defender los Derechos del Hombre ha pro-

testado contra la fría inhumanidad de las medidas propuestas. Hasta los hombres más moderados, menos amigos de los bolsheviks, estiman que la nota es cruel e injusta. La decisión subterránea del Consejo de dejar a Rusia arreglar en paz sus propios asuntos, no se ha olvidado todavía aquí.”

El mismo gran periódico inglés, cuyas bien definidas y conocidas tendencias liberales (no radicales) le hacen inaccesible a toda sospecha de bolshevismo, refiriéndose a este asunto en un reciente editorial, ha dicho:

“¿Desde cuando se ha declarado legal el procedimiento de que una nación ataque a otra sólo porque su sistema de Gobierno pueda parecerle malo a los extranjeros? ¿El sistema zarista de Rusia, de la Rusia que no solamente tolerábamos sino que acogíamos como aliada, era tan admirable? Ciertamente que buscarle pretexto a una guerra en la mera existencia y posible difusión de una idea no puede ser más absurdo y condenable.”

“Nos hemos opuesto al bolshevismo alegando que es una tiranía impuesta por la fuerza a la gran mayoría de aquellos que la sorpotan. ¿Por qué, pues, si es tan odiado en la tierra de su nacimiento, hemos de tener tal terror de que se difunda?”

“La cosa no es solamente errónea, sino ridícula.”

“La nota habla de ‘grave peligro a la seguridad nacional de todos los países,’ pero si se nos pregunta si esta amenaza consiste en la posible invasión de ejércitos, o solamente de ideas, entonces no tenemos más remedio que admitir que solamente nos podemos referir a la invasión de ideas.”

“Estamos, pues, repitiendo el flagrante y confesado error de nuestros antepasados, que hicieron la guerra a la Francia revolucionaria porque le profesaban odio y temor a las ideas de la revolución francesa, aquellas mismas que se esparcieron por el mundo, a pesar de todo, para evidente ventaja del mundo. Entonces hubo también crímenes, pero eran las ideas y no los crímenes la verdadera causa de la contienda.”

La gallina y su pepita

En un mitin que la Asociación conocida con el nombre de «Club de los hombres de la Iglesia presbiteriana» celebró hace poco en California, San Francisco, el profesor Edward T. Williams, Director del Departamento de idiomas orientales en la Universidad de California, hizo la sensacional declaración

de que Estados Unidos estará en guerra con el Japón antes de diez años. Estas fueron sus propias palabras:

“Los soldados americanos murieron en vano en Chateau-Thierry y en Belleau. Antes de diez años habrá una guerra en la China entre el Japón y los Estados Unidos.

“El presidente Wilson se encontró sin defensa cuando se enfrentó en las Conferencias de la Paz con los tratados secretos en que Inglaterra y Francia cedían las posesiones alemanas de la China al Japón.”

En este mismo mitin, según nos cuenta el «New York American», el capitán Robert Dollar, un millenario dueño de varias líneas de vapores, declaró:

“Todas las naciones de Europa han sido culpables de robo en la China. Los Estados Unidos han sido la única nación que fué a las Conferencias de la Paz con las manos limpias. Inglaterra se había robado zonas enteras en China y Francia había hecho lo mismo.”

Ver ustedes cómo mientras viva la gallina subsistirá la pepita? Mientras subsista la competencia interna e internacional, tendremos rapiñas imperialistas y, por consiguiente, estaremos siempre a un paso de la guerra. Y como la famosa Liga deja ilesa a la gallina de la competencia imperialista, claro que es de celebrarse que el Senado americano— aunque por razones mezquinas y parroquiales—la haya descalabrado como lo ha hecho.

*
* *

Puerto Rico

¡Qué enorme, qué fabulosa prosperidad la de Puerto Rico! ¡Sabéis cuánto se embolsó este año mi pequeña isla natal como superavit de sus exportaciones sobre sus im-

portaciones? Pues la bicoca de \$ 58,173,755 (oro americano). ¿Qué otro país de América, fuera de la Argentina y de Cuba, puede presentar prueba tan irrecusable y envidiable de semejante prosperidad?

Nadarán allí en la abundancia—pensaréis. No, no señor; no nadan, mejor dicho, nadan, sí, pero no precisamente en la abundancia, sino en la miseria, en la más espantosa miseria. Nunca ha habido más bohíos miserables que despreciarían los mismos perros para vivienda, ni más gentes descalzas, ni más harapos, ni más niños famélicos, ni más tuberculosos de resultas de la mala nutrición.

¿Queréis otro dato pintoresco? Pues oid: Asistencia de niños a las escuelas en el año de 1914, 115,830.

Asistencia de niños a las escuelas en el año de 1919, 106,441.

Niños que se han quedado sin medios de recibir instrucción en 1918, por falta de escuelas, 49,309.

Os parece raro ¿no es cierto? Pues yo os digo que no, que no es raro, y prueba de que no lo es la tenemos en el hecho de que en otros puebos mucho más prósperos pasa tres cuartos de lo mismo.

En la mismísima Buenos Aires, cuya estu-penda riqueza parece cosa de cuento, hay veinte mil niños este año sin escuelas. Eso en la propia ciudad capital; ¿qué no sucederá en el resto del país?

Pero... ¿a qué se debe este contrasentido?—dirá usted rascándose la espeluznada cabeza. Pues ¿a qué se va a deber, amigo, si no al sistema? ¿Acaso los ganados y cereales de la Argentina y la caña, café y tabaco de Puerto Rico son del pueblo?...

Oh, jamás como se debe alabado sistema social, bajo el cual puede uno recrearse diariamente presenciando tan grandes y pintorescos contrasentidos!

N. CANALES

